

ALTEA

Tragedia en dos actos

ZAMACUCO

Personajes

Altea	Esposa de Eneo
Eneo	Rey de Calidón
Meleagro	Hijo de Altea y Eneo
Cleopatra	Esposa de Meleagro
Mopso	Adivino
Estáfilo	Pastor, y luego guerrero.
Eurípilo	Hermano de Altea
Ificlo	Hermano de Altea
Plexito	Hermano de Altea
Guardia 1	
Guardia 2	
Sacerdote 1	
Sacerdote 2	
Muchacho 1	
Muchacho 2	
Muchacha 1	
Muchacha 2	
Sirvientes	

PRIMER ACTO

Escena I

Estamos en Grecia, en la Grecia arcaica. En el Olimpo reinan los dioses y en la tierra los reyes. Hay fiesta en el palacio de Eneo. Uno de los patios internos ha sido seleccionado para festejar el matrimonio de Meleagro y Cleopatra. Arriba, en la segunda planta, se destaca una terraza. De ésta cuelga hasta el piso una parra de uvas. Tres entradas permiten el acceso hacia este patio central. Al fondo se puede ver una amplia puerta supuestamente custodiada por dos guardias. Estos hombres, dominados por el sueño se han recostado contra los quicios. A través de esta puerta se ingresa a la sala del trono y a las habitaciones del rey y de la reina. A la izquierda del patio hay una especie de túnel o corredor por el cual se puede salir hacia el exterior del palacio. A la derecha, un pasaje embellecido con sobrias columnas, interconecta el patio con el templo y con el resto de la edificación.

La oscuridad de la noche cede poco a poco a la claridad del día. El patio está desierto.

Altea entra subrepticamente a escena por la izquierda, de prisa, casi a la carrera, como si alguien la estuviera persiguiendo. Pero no está asustada. Al contrario, se la ve sonriente, plena de vitalidad en su belleza madura. Teme ser vista por alguna persona del palacio y trata de ocultarse en la penumbra. Se dirige hacia la entrada del fondo pero regresa nuevamente al túnel.

Altea.- *(Casi en un susurro, para que no le escuchen los del palacio).* ¡Eres un loco! No debiste seguirme hasta aquí. Pareces un fantasma en la penumbra. Hay algas en tu cabello.

Voz de hombre.- Te deseo. Te quiero.

Altea.- Si, lo sé. Yo también te quiero. Pero ahora debo irme.

Voz de hombre.- ¡Altea!

Altea.- ¡Vete! ¡Suéltame! ¡No más besos! Esto es una locura. Debes tener cuidado. No por ti, claro. Por mí. ¡Que nadie te vea al salir!

Altea se retira del túnel. Avanza unos pasos. Vuelve la cabeza y se despide con besos volados. Después corre y desaparece por la puerta del fondo.

Guardia 1.- *(Al guardia 2)* ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Incorpórate!

Guardia 2.- ¿Qué? ¿Qué pasa?

Guardia 1.- Alguien anda por aquí. Sentí una ráfaga de viento. ¡Una sombra fugaz pasó por esta puerta!

Guardia 2.- Debe ser la misma... sombra de siempre...

Los guardias se incorporan, se desperezan. La luz del sol ilumina ahora un poco más. Se escucha el cántico de los pájaros.

Guardia 1.- ¿No vendrán otros guardias a relevarnos? Ya no puedo sostenerme en pie.

Guardia 2.- El relevo vendrá de un momento a otro. Amanece. ¿No escuchas el cántico de los pájaros? Hasta acá se oye el graznido de las gaviotas que revolotean en el puerto.

Guardia 1.- Más que el graznido de las gaviotas escucho el tétrico ulular de los buitres. Deben estar picoteando los cuerpos de los que mandó ahorcar el rey.

Guardia 2.- A nadie perdona la vida el rey.

Guardia 1.- ¿Sabes una cosa? Me deprimen esas permanentes ejecuciones. Antes de enrolarme como guardia en este palacio... fui remero. Extraño esa vida. Un día de estos voy a regresar. Me voy a embarcar nuevamente, en las naves que van hacia Rodas, o en las que se dirigen hacia Creta. Quiero limpiar mis ojos de tanta sangre.

Guardia 2.- Eneo, el rey, mantiene el orden con mano firme. Tiene un carácter fuerte...

Guardia 1.- Brutal, diría yo.

Guardia 2.- Eso nadie puede negarlo. Pero son tiempos difíciles. Se necesita en el trono alguien como él. Debes reconocer que hasta tiene sus ventajas. Aquí la paga es buena. La ciudad es rica y tenemos de todo. Nada perturba el equilibrio. Calidón es un puerto tranquilo, seguro, sin robos ni asaltos, sin guerras, sin disturbios.

Guardia 1.- ¡Escucho ruido de armas! ¡Silencio! Son los guardias que llegan para relevarnos.

Los dos guardias se ponen en posición de firmes y esperan. Por la derecha ingresan los hombres que los relevarán. Los primeros entregan a los segundos sus lanzas de bronce y salen.

Meleagro y Cleopatra aparecen arriba, en la terraza. Están felices y ríen. Un tibio sol ilumina el ambiente. Abajo, los muchachos y muchachas que han entrado con canastos, colocan flores y guirnaldas en las paredes y en las columnas.

Meleagro.- Déjame mirarte nuevamente. Quiero verte a la luz del día. ¡Cielos, qué hermosa eres! Una catarata en la que saltan de alegría los peces es tu pelo. Me invade el olor violento de almizcle que esparcen tus trenzas negras. Dos columnas ardientes te sostienen y es tu cadera una provocación. Tus brazos desnudos, más blancos que la leche me atrapan y me pierden. Por más que busco, no encuentro imperfección alguna en ti. Eres como una diosa. Llenas de alegría mi alma y de fuego mis sentidos. Tus ojos me parecen almendras y es tu boca una granada. Cleopatra... Cleopatra... Qué nombre más dulce... Mira el límpido cielo. Ni la más leve nube empaña el esplendor de ese azul más profundo que la eternidad. Pero tú, Cleopatra, completas, con tu sola presencia, la claridad de este supremo momento... *(Toma sus manos y las besa con ternura).*

Cleopatra.- Gentil Meleagro. Pronto seremos una sola gavilla de trigo. Tú serás mi marido. Yo seré tu mujer. En solemne himeneo se unirán nuestras vidas, almas, cuerpos y mentes... Pero yo estoy algo turbada...

Meleagro.- ¿Qué es lo que temes?

Cleopatra.- Te amo tanto, tanto. Promete. Jura, por este instante de pasión suprema, que siempre me amarás como hoy.

Meleagro.- Yo te lo prometo.

Cleopatra.- Jura que tus ojos jamás han de mirar a otras mujeres con la misma pasión que hoy te domina...

Meleagro.- Yo te lo prometo. *(Meleagro y Cleopatra se besan).*

Abajo, en el patio, Ingresan dos sacerdotes por la derecha.

Sacerdote 1.- *(A los muchachos y muchachas que colocan las guirnaldas y las flores).* ¿Ya terminaron con eso? Necesito que dos de ustedes traigan las cráteras con el agua lustral. Pronto empezaremos la ceremonia.

Muchacho 1.- Iré yo, señor. *(Abandona la escena, sale por la derecha).*

Muchacho 2.- Yo iré también, señor *(Abandona la escena, sale por la derecha).*

Sacerdote 2.- *(A los muchachos y muchachas que colocan las guirnaldas y las flores).* Una de ustedes lleve hasta el templo las palomas. Otra dé aviso a las canéforas. Pronto empezaremos la ceremonia.

Muchacha 1.- Yo iré por las palomas. *(Abandona la escena, sale por la derecha).*

Muchacha 2.- Yo daré el aviso a las canéforas. *(Abandona la escena, sale por la derecha).*

Sacerdote 1.- *(Al sacerdote 2).* Vamos. El rey y la reina nos esperan en la sala del trono.

Sacerdote 2.- Vamos.

Los sacerdotes abandonan la escena. Salen por la puerta del fondo. Los guardias presentan sus armas a los sacerdotes, como una señal de saludo y de respeto.

Meleagro.- *(Desde la terraza, como si pudiera desde allí mirar el puerto).* Mira, Cleopatra. En el puerto desatan ya las velas de las naves. Allí llegan Idas, tu padre y Marpesa, tu madre. Qué anchos son los hombros y la espalda de tu padre. En verdad que él es el más fuerte de los griegos, capaz incluso de rivalizar con los propios dioses. Lo que yo no me explico es...

Cleopatra.- ¿Qué es lo que no te explicas?

Meleagro.- Cómo de un árbol tan fuerte... de un tronco tan gigantesco... haya podido brotar una flor tan perfecta y delicada...

Cleopatra.- Es hermoso mirar desde esta terraza el puerto de Calidón. Hasta sería fascinante confundirse con los marineros y sentir ese vívido ajeteo. Oler sus cuerpos sudorosos, impregnados de sal... Estaría horas y horas contemplando contigo, desde aquí, el ancho mar azul...

Meleagro.- Vamos. La hora ha llegado. No logro contener la emoción en el pecho. Decisivo es el momento para mí. El destino desata ante mí todo un mundo, para que yo lo explore y lo conquiste... Y ese mundo eres tú.

Cleopatra.- Es perfecto. Todo es tan perfecto.

Meleagro.- Y tú, Cleopatra, completas el equilibrio de este reino.

Meleagro y Cleopatra abandonan la escena. El rey, la reina y los dos sacerdotes entran a escena por la puerta del fondo. Los guardias presentan sus armas al rey, en señal de saludo y respeto.

Eneo.- ¿Dónde están esos muchachos? ¿Los has visto tú, Altea?

Altea.- Estaban en la terraza, contemplando el puerto. Ya bajarán.

Sacerdote 1.- Todo está listo, gran rey.

Sacerdote 2.- Será el matrimonio más fastuoso jamás celebrado en Calidón.

Sacerdote 1.- Oh, poderoso Eneo. La Fortuna te sonrío en este día. Eres un hombre dichoso.

Sacerdote 2.- ¿Quién como tu, gran rey? Calidón es un próspero puerto. Las naves llegan hasta aquí cargadas de cebada y de trigo.

Sacerdote 1.- Llegan las naves cargadas de esclavos, de tejidos, de aceite y de ungüentos.

Sacerdote 2.- Próspera es tu ciudad. Los dioses te sonríen.

Eneo.- ¿Dónde están Meleagro y Cleopatra?

Meleagro y Cleopatra entran a escena, por la puerta del fondo.

Meleagro.- ¿Nos esperaban?

Eneo.- ¿Han llegado ya Idas y Marpesa? (A Cleopatra). ¿Han llegado tus padres, hija mía?

Meleagro.- Los vimos descender de su nave. Pronto estarán aquí.

Cleopatra.- ¿Dónde están los músicos? ¿No veo a las doncellas que nos deleitarán con sus danzas exóticas?

Telón

Entra a escena el coro de las doncellas de Calidón.

Coro.- Todo es perfecto en este puerto

La vida es agradable

En el Olimpo impera Zeus

Y en Calidón, Eneo.

Los valles circundantes

Rico pasto a las ovejas brindan

Y a las cabras y toros

Salve a los dioses protectores.

Los príncipes se casan con princesas

Los pastores se casan con pastoras

Hay orden, hay amor, hay esperanza

Y en Calidón, Eneo.

Nada perturba el equilibrio estable

Llegan las naves con viento favorable

Salen las naves con favorable viento

Salve a los dioses protectores.

Escena II

Sobre el hermoso valle húmedo que rodea la ciudad-estado de Calidón, se extiende perezosa una pradera, en pleno verdor de primavera. Las ovejas y cabras pacen tranquilamente. Estáfilo, el pastor dormita a la sombra de una parra y Mopso se le aproxima. Va a pasar de largo, pero advierte la presencia del joven. Lo contempla con curiosidad. Le habla.

Mopso.- ¡Despierta!

Estáfilo.- *(Se incorpora ágilmente, con un súbito salto casi felino. Toma su jabalina y se pone en posición de ataque).* ¿Qué pasa?

Mopso.- ¿Eres tú Estáfilo, el pastor o me equivoco? Debo suponer que sí. Estáfilo: he aquí al racimo de uva en persona. ¿No significa eso tu nombre? Estáfilo, racimo de uva.

Estáfilo.- Estáfilo es mi nombre, pero nada tengo que ver con las uvas... Un poco negro si, o mejor dicho moreno, tostado por el sol. Dulce por dentro, para las mujeres y el amor, pero hombre al fin...

Mopso.- ¿Es así como cuidas las ovejas y las cabras?

Estáfilo.- ¿Cómo?

Mopso.- ¿Cómo puedes cuidar de la manada y dormir al mismo tiempo?

Estáfilo.- Con el un ojo duermo y con el otro... nada se me escapa. Las cabras y las ovejas son del amo y desde aquí las vigilo. Ninguna se ha perdido, que yo sepa... ¿Qué mal hago un recostarme un rato debajo de esta parra? No duermo: solo sueño. Sueño despierto.

Mopso.- *(Aparte).* A veces puede ser peligroso “soñar despierto”. Han matado a tantos por ese defecto...

Estáfilo.- ¿Y tú, quién eres? No te conozco. Extraño es tu vestido. ¿Eres un rey, un sacerdote, un augur, un hechicero o agorero quizá?

Mopso.- Yo soy un caminante lapita. Mopso es mi nombre.

Estáfilo.- Mopso el lapita... ¿Y a qué se dedican los caminantes?

Mopso.- Los caminantes vamos de ciudad en ciudad, de puerto en puerto, de montaña en montaña. Lo vemos todo, lo escuchamos todo, lo conocemos todo... Gracias al divino Apolo, aprendí el arte de escrutar el pasado, el presente y el futuro.

Estáfilo.- ¿Y... hacia dónde te diriges ahora?

Mopso.- Voy a Calidón.

Estáfilo.- Ya puedes descansar. Has llegado a tu destino. Desde aquí se ven las gruesas murallas que rodean la ciudad de Calidón. También se divisa el puerto, si te pones en puntillas verás algunas naves con las velas hinchadas por el viento, listas para zarpar. También verás el mar azul, verde o gris. ¡Cómo cambian los colores al ser tocados por los rayos del sol! Y allá, a la izquierda, donde revolotean esos buitres, queda el mercado de esclavas y la plaza de las ejecuciones... ¡Espera! *(De un manotazo el pastor lanza al suelo a Mopso).* ¡No te muevas!

Mopso.- ¿Qué pasa? ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué me has lanzado al suelo?

- Estáfilo.-** Detrás de esa roca se oculta un león. ¿Puedes ver su cola? (*En efecto, detrás de la roca se mueve nerviosamente la cola del león*). Pero yo no lo temo. Si el león advierte que tomo mi arma con brazo firme, que avanzo hacia él con decisión para atacarlo... huirá. (*El pastor se agazapa y ataca, mientras habla*). Mira esta jabalina bestia salvaje. ¡La clavaré en el centro de tu corazón! Fíjate bien y copia su forma en tus ojos si lo deseas, porque en verdad es un arma rústica, pero efectiva. Teñida está en la sangre de lobos y leones. Un salto hacia la izquierda, ahora un salto hacia la derecha, para desconcertarte y... zas... la jabalina se hundirá en tu carne... Veré como te retuerces. Escucharé tu agitada respiración... después contemplaré tus ojos... que se apagarán para siempre... (*Se escucha el ruido de hojas secas, aplastadas de súbito. Se observa el movimiento inusual de ramas, el resplandor de un salto: el león ha huido*).
- Mopso.-** (*Se incorpora*). Vaya tremendo susto que me has dado... Ya no lo busques más. Lo vi cuando saltó, cuando se internó por la tupida vegetación. Era en verdad un hermoso animal... ¿Y tú no tienes miedo de los lobos ni de los hambrientos leones?
- Estáfilo.-** Muchos leones y lobos cruzan al atardecer por este valle, con sus pelajes bayo oscuro que cambian a un pardo claro con la luz engañosa del sol. A ratos son sus pieles casi grises y las melenas de los leones casi negras. Pero ningún lobo, ningún león ha logrado jamás robarme siquiera un cabrito...
- Mopso.-** Ágil es tu cuerpo, Estáfilo. Tus movimientos son elásticos y tus ojos vivaces... Hasta podrías ser un buen guerrero... Déjame ver de cerca tus ojos. (*Mira de cerca los ojos de Estáfilo*). No. No es una buena idea lo de convertirte en guerrero. Cortarían tu cabello, te arrancarían la barba, te sacarían las uñas... y después... te enviarían a la muerte...
- Estáfilo.-** ¿Yo, un guerrero? Claro, me gusta esa idea. Es una buena idea. ¡Estáfilo, el guerrero del rey! Suena bien. Eso me gusta. Ser un guerrero es mejor que ser un pastor...
- Mopso.-** Ya te he dicho que no es una buena idea. Será mejor que no tientes a los dioses... Dime ahora... ¿Has visto por estas laderas... uno como cerdo grande con colmillos que salen de su boca...?
- Estáfilo.-** ¿El jabalí? ¿Me preguntas si he visto al jabalí? Claro que lo he visto. Pero me tiene sin cuidado... No anda detrás de mis ovejas ni de mis cabras, al menos que yo sepa... Lo he visto hozar con su hocico y cavar la tierra con sus patas, en busca de bellotas y otros frutos caídos de los árboles...
- Mopso.-** ¿Dónde? ¿Dónde lo has visto?
- Estáfilo.-** Allá. ¿Ves ese tupido bosque? ¿Alcanzas a mirar los blancos álamos? Allá, al fondo, hay un claro. Cuando entras... las hojas secas delatan tus pisadas y las aves huyen despavoridas... allí se esconde el jabalí...
- Mopso.-** (*Aparte*). Ese es sin duda el jabalí de Artemisa. (*Al pastor*). Dicen que en Calidón manda un extraño rey, llamado Eneo...
- Estáfilo.-** Reina, sí. Claro que Eneo reina y manda. Por años de años vive tranquilo, en su palacio...
- Mopso.-** Dicen que Eneo está casado con Altea y tiene varios hijos...
- Estáfilo.-** Está casado. Claro que lo está y Altea, su esposa, es la reina... ¿Y tú, cómo lo sabes, caminante?
- Mopso.-** Ya te he dicho que los caminantes todo... todo lo sabemos... Hombre impulsivo este Eneo. Hombre brutal y rencoroso...

- Estáfilo.-** Eneo es nuestro amado rey...
- Mopso.-** Dicen que mató a Toxeo, su propio hijo... Increíble, mató al primero de sus hijos, al heredero de su propia corona. Y lo asesinó por una nimiedad... tan solo por haber saltado el foso que estaban construyendo para defender la ciudad...
- Estáfilo.-** Eso yo no lo sé... El joven Toxeo murió hace ya muchos años. Falleció cuando levantaban esa muralla que se ve desde aquí, la que está junto a la puerta. ¿La ves? Grandes ceremonias hicieron los sacerdotes allá, en la ciudad de Calidón... El humo de los toros sacrificados subió hasta acá y cubrió todo el valle... Hasta tuvimos juegos funerarios... Pero... no creo que el rey haya matado al joven Toxeo... no lo creo... ¿O sí lo mató? Los pastores, a diferencia de los caminantes... nada sabemos...
- Mopso.-** Y dime... ¿Meleagro y Deyanira... son hijos del rey? ¿Son Meleagro y Deyanira hijos de Eneo?
- Estáfilo.-** Claro que lo son. ¿Quién podría dudarlo?
- Mopso.-** Hmm... A veces las cosas no son lo que parecen... Dicen que Meleagro es hijo de Ares.
- Estáfilo.-** *(Asustado)* ¿De Ares? Los dioses nos amparen.
- Mopso.-** Si, de Ares, el poderoso dios de la guerra, de la sangre y de la destrucción. Ares, el que cambia los cuerpos de los guerreros en rígidos cadáveres.
- Estáfilo.-** ¿Eso dicen? Con razón el joven Meleagro es tan violento y a veces...tan impetuoso y brutal.
- Mopso.-** Y dicen que Deyanira es hija del dios que nació dos veces...
- Estáfilo.-** ¿Del gran Dionisio? Vaya... qué misterios tan grandes me has revelado en este día, gentil caminante. Afortunado me debería sentir al vivir aquí, en este hermoso y tranquilo valle. Tierra tan bendecida, y... al parecer, tan visitada por los dioses.
- Mopso.-** Visitada si, muy a menudo visitada por los dioses... Dicen que últimamente Poseidón anda merodeando por aquí...
- Estáfilo.-** ¿Poseidón? ¿El señor de los mares? Que los dioses conserven para siempre a nuestros amados reyes.

Telón

Entra a escena el coro de doncellas de Calidón.

- Coro.-** Apolo mismo le enseñó el secreto
 Todo adivina.
 Por los caminos polvorientos llega
 Mopso el lapita.
- Va solo, caminando por los valles
 Y las cañadas
 Desde la tierra del centauro llega
 Mopso el lapita.
- A Calidón, sin prisa se aproxima
 Y el rey aguarda.

Adivino de males y desgracias
Mopso el lapita.

No quieran escuchar sus profecías
Sellen sus labios
Muerte y dolor anunciará a los reyes
Mopso el lapita.

Escena III

Nos encontramos nuevamente en el patio central, en el palacio de Eneo. Entra Altea a escena. Aparecerá en la terraza.

Altea.- *(Busca afanosamente un cofre que ha perdido).* ¿Dónde habré dejado el cofre? Lo traigo siempre conmigo, como si fuera el tesoro más preciado y en verdad que lo es. Pero no sé dónde lo puse. Lo busco inútilmente por todos los rincones del palacio. Ayer, por la tarde, estuve aquí, con Eneo. Yo tenía el cofre en mis manos, todo el tiempo... Discutimos... bueno... eso es normal. Casi siempre discutimos... Eneo y sus celos enfermizos. Es insufrible... a esta edad... luego de que se ha marchitado ya mi juventud... venir a celarme con Poseidón y hasta con Dionisio... Hay estos dioses... Antes, sí; no lo niego... fui una mujer hermosa... Y este asunto del jabalí que acabará trastornándonos a todos... El cofre, el cofre. ¿Lo habré dejado en mi alcoba? *(Abandona la escena).*

Entra Eneo, abajo al patio, por la puerta de la derecha. Le acompañan dos sacerdotes.

Sacerdote 1.- No sabemos con certeza de dónde ha venido, majestad. Al parecer nació en Tesalia, es un lapita.

Eneo.- Los lapitas son famosos. Son hombres recios, duros, valerosos. Lucharon contra los centauros.

Sacerdote 2.- Unos dicen que es un iniciado en los misterios de Eléusis. Otros, que se trata de un sacerdote de Apolo. Desde que llegó a Calidón no ha hecho otra cosa que ofrecer sacrificios al gran Apolo, todos los días, sin falta...

Eneo.- ¿Cuál es su nombre?

Sacerdote 1.- Mopso. Mopso el lapita, hijo de Ámpico y Cloris, pero él se hace llamar simplemente “el caminante”.

Sacerdote 2.- Creo que su majestad debería ordenar que lo encierren. Está perturbando el orden público. Muchos han oído decir al tal Mopso que él es el mejor adivino de Grecia... y que conoce por qué tenemos un jabalí a las puertas de Calidón.

Eneo.- No creo conveniente encerrar al lapita. En Calidón no podemos darnos el lujo de mantener prisioneros en las cárceles. O lo cuelgan o lo dejan libre. Déjenlo libre, al menos por ahora. Pero quiero que lo vigilen de cerca. Pudiera resultar “interesante” conocer a este extraño “caminante”... En cuanto al jabalí, considero resuelto el problema. Hoy mismo seleccionaremos un grupo de arqueros. Ellos se encargarán de traerme los colmillos, la piel y... por supuesto los muslos de esa bestia. Ahora retornen ustedes al templo.

Sacerdote 1.- Sí majestad.

Sacerdote 2.- Haremos lo que su majestad ha dispuesto.

Los sacerdotes abandonan la escena. Salen por el pasaje de la derecha, que conduce al templo.

Eneo.- *(Se dirige a los guardias.)* ¡Hoy no quiero visitas! A quien lo pregunte díganle que yo, Eneo el rey, he clausurado todas las audiencias. ¡Que nadie me moleste! Con la bulla que metió el jabalí no he podido dormir toda la noche. *(Bosteza).* Meleagro, mi hijo se encargará de seleccionar a los nuevos arqueros. Hagan lo que él les ordene.

Guardias.- Así lo haremos, poderoso señor.

Eneo sale por la puerta que custodian los guardias. Entra a escena Estáfílo, por el túnel de la izquierda, con su vestimenta de pastor. Avanza por el patio mirando hacia la izquierda y hacia la derecha.

Guardia 1.- Hey, tú. ¿A dónde crees que vas?

Guardia 2.- ¿Quién te ha dejado entrar hasta aquí? ¿Cómo lograste burlar a los guardias de la entrada principal?

Estáfílo.- ¿Burlar? ¡De nadie me he burlado! Vengo por el edicto de Eneo, el rey...

Guardia 1.- *(En tono de mofa)* ¿Te refieres al llamamiento para la selección y reclutamiento de arqueros del rey?

Estáfílo.- Soy buen arquero... quiero probar mi suerte...

Guardia 2.- *(En tono de mofa)* ¿Y se puede saber el nombre del futuro arquero del rey?

Estáfílo.- ¡Estáfílo! Estáfílo es mi nombre. Debe ser un nombre ilustre porque significa racimo. Racimo de uva.

Guardia 1.- *(Al Guardia 2).* Dejémosle pasar y así nos divertiremos un poco con este ridículo pastor.

Guardia 2.- ¡Que pase el arquero del rey! *(Le conduce hasta la puerta de la derecha. Estáfílo hace mutis).*

Por la puerta que custodian los guardias entran a escena Altea y Meleagro. Altea ha encontrado ya su cofre y lo aferra contra su pecho.

Meleagro.- ¿Y dónde encontraste finalmente ese famoso cofre?

Altea.- En la recámara de tu padre el rey. No sé cómo pude olvidarlo allí.

Meleagro.- ¿Y qué es lo que contiene? Desde que apareció por este reino ese famoso jabalí, andas de arriba para abajo con ese cofre... ¿Temes acaso que esa bestia robe tu tesoro?

Altea.- Lo temo... si... he soñado....

Meleagro.- Tú y tus sueños, querida madre mía... *(A los guardias).* Ustedes dos, acérquense. Reúnan a los hombres que han concurrido al llamado del rey. No quiero que anden vagando por todo el palacio con sus pelos desgredados y sus vestidos estafalarios. He visto deambular por la mañana toda clase de sabandijas: talladores de piedras, burreros, remeros, leñadores, boyeros y hasta pastores de ovejas y de cabras. Quiero que primero los bañen. Algunos apestan a cerdo, otros a chivo y otros a perro muerto. Quiero que les corten el pelo y las uñas. Vístanlos como a verdaderos guerreros y entrégúenles arcos y flechas nuevos. Así deben presentarse a las pruebas. Cuando estén todos los hombres listos, vengan y avísenme. Aquí les estaré esperando.

Guardias.- Así lo haremos, poderoso señor.

Los guardias abandonan la escena. Salen por la derecha.

Altea.- Meleagro, hijo mío. Al seleccionar a los arqueros, toma en cuenta las advertencias de tu padre, el rey.

Meleagro.- Tomaré en cuenta las advertencias de mi padre. Tres pruebas enfrentarán los futuros arqueros del rey. Primero demostrarán su puntería lanzando sus flechas contra una uva, coloca-

da a un estadio de distancia. En segundo lugar, deberán derribar con sus flechas un grupo de gorriones. Finalmente... finalmente... A decir verdad, querida madre, no se me ocurre otra prueba más difícil...

Altea.- Un arquero del rey no solo debe demostrar buena puntería, hijo mío. Necesitamos hombres valerosos. El que quiera estar al servicio del rey irá al bosque, tan solo armado con una jabalina. Llegará hasta el claro, donde la luz del sol penetra apenas, proyectando extrañas sombras sobre las secas hojas que forman una tupida alfombra, a los pies del atrevido caminante. De allí traerá, como prueba de su arrojo, tres negras cerdas de jabalí...

Meleagro.- ¿Tres cerdas negras? ¿Y deberá ir solo? Exigente es la prueba, madre mía. ¿Habrá alguien en Calidón, tan temerario?

Altea.- Da ese gusto a tu madre, hijo mío. Necesitamos alguien valeroso a nuestro lado. Alguien en quien confiar. Desde que tú naciste no he vuelto a sentir tanta angustia en mi pecho, como ahora. Las noches paso en vela y el temor me penetra por los poros.

Meleagro.- ¿Temes al jabalí?

Altea.- Lo temo, sí, pero no por mi misma. Esa bestia maldita me tiene perturbada... Temo por ti, hijo mío. En mis sueños te veo como avanzas. Agazapado te enfrentas con una lanza puntiaguda. Das muerte al jabalí. Feliz levantas tus brazos hasta el cielo. Danzas de orgullo y tus sandalias mojas en la reciente sangre derramada. Después las sombras lo cubren todo. La risa en llanto se trueca, de repente. Y estos brazos de madre sostienen ateridos tu inerte cuerpo... Te aferro contra mí, igual que aferro en mi esperanza, este cofre precioso.

Meleagro.- ¿Qué contiene ese cofre?

Altea.- *(Entrega el cofre a Meleagro).* Tu vida.

Meleagro.- *(Abre el cofre y saca un tizón, un palo a medio quemar)* ¿Por qué guardas tan celosamente este inservible madero? *(Lo arroja lejos de sí).* Anillos y pulseras, joyas valiosas deberías tener en este hermoso cofre.

Altea.- *(Recoge el tizón del suelo. Lo abraza con amor. Lo besa).* No sabes lo que dices, hijo mío. Dame ese cofre y guardemos los recuerdos. *(Altea guarda nuevamente el tizón en el cofre).*

Meleagro.- Madre... ¿Qué es lo que tienes? No te entiendo. ¿Qué historia oculta esa rama de encina harto ya chamuscada?

Altea.- Escucha, hijo. Ven a mi lado y siéntate. Déjame que acaricie tu pelo y tus mejillas, como cuando eras niño. *(Meleagro se sienta al lado de su madre).* Para una madre el hijo es siempre un niño...

Meleagro.- Bueno es sentir, a veces, las dulces caricias de una madre...

Altea.- Cuando tú naciste, Meleagro, las Moiras, las hijas de la noche, me advirtieron que morirías tan pronto como se hubiera quemado un tizón que ardía en aquel momento en nuestro hogar. De un salto saqué el tizón y apagué el fuego. Aquí lo guardo como rico tesoro. Y lo voy a guardar siempre, para que vivas, hijo. Para verte, a mi lado. Para abrazarte y estrechar tu cabeza contra mí pecho...

Entran los guardias, por la derecha.

Guardia 1.- Los hombres están listos, poderoso señor.

Guardia 2.- Les hemos bañado, cortado el pelo, afeitado, cortado las uñas. Les hemos convertido en verdaderos guerreros y están... irreconocibles, poderoso señor.

Meleagro.- ¡Háganlos pasar!

Salen los guardias e ingresan nuevamente con los aspirantes. Entre éstos se halla Estáfílo.

Meleagro.- *(Se dirige a los aspirantes).* Lo que hayan sido; lo que hayan hecho hasta el día de hoy me tiene sin cuidado. Poco me importa si fueron ladrones, asaltantes de caminos, mendigos, vagabundos o viciosos. Todo eso debe quedar atrás, sepultado en el pasado. Hoy, este día han nacido para el rey. Los que pasen las pruebas, los que demuestren destreza en su brazo, agudeza en la mirada, valor y decisión en el corazón llegarán a ser “arqueros del rey”. Serán la vanguardia de la milicia. Suscitarán la envidia y el temor a su paso. Mirarán con indiferencia a la muerte y si el “Destino” los sonrío, morirán con honor por Eneo... y por Calidón.

Telón

Entra a escena el coro de las doncellas de Calidón.

Coro.- Te han bañado, te han ungido
Han cortado tus cabellos y has nacido de nuevo
La mano del “Destino” te eleva hasta la cima
Salve al arquero del rey.

Tu fuerte brazo Calidón aclama
El rey te favorece con sus dones

Tiembla la bestia en la mitad del bosque
Salve al arquero del rey.

¿No era Estáfílo un pastor solitario?
¿No soñaba despierto entre las parras?
Es apuesto, es galante, es invencible
Salve al arquero del rey.

Sus flechas son certeras, son veloces
Sus flechas desconciertan, matan, hieren
¿Quién como este guerrero formidable?
Salve al arquero del rey.

Escena IV

La sala del trono, en el palacio de Eneo. A un costado, un altar de piedra para ofrecer sacrificios a los dioses. El rey permanece sentado en su trono y un guardia a su costado vigila, armado con una jabalina. Altea, la reina, entra a escena y se le aproxima.

Altea.- ¡Aquí estoy Eneo! ¿Para qué me has llamado?

Eneo.- Ha llegado hasta Calidón un extranjero. Mopso es su nombre. Según tengo entendido es hábil para escrutar las entrañas de las víctimas que ofrecemos en sacrificio a los dioses. Devoto ferviente del rubio Apolo. Le he pedido que venga... Si en verdad es adivino quizá podrá explicarnos de qué se trata todo este asunto. Es mi deseo que tú también lo escuches.

Altea.- Cuando dices “asunto”... ¿te refieres al maldito cerdo? Todos se quejan de esa bestia, pero nadie lo ha logrado cazar. ¿No hay guerrero en nuestro reino que quiera hacerse el valiente con ese monstruo? Destruye con sus patas los campos y sembríos. Tumba las cercas y vallados. Hierde y mata impunemente a quien se le enfrenta. Con sus largos colmillos llenos de sangre avanza despacio, desafiante. Se le oye por las noches gruñir con ferocidad. Últimamente se ha dado en hozar a los pies de la muralla. Si tú, en lugar de estar sentado todo el tiempo en ese trono salieras un rato, quedarías estupefacto ante los enormes huecos que ha hecho. Ha sacado las piedras de los cimientos. Es como si quisiera botarlo todo y entrar en Calidón, tal es su furia...

Eneo.- Si... lo sé. Hay que detener ese animal. Pero antes, querida Altea... debemos saber de dónde vino, quién lo mandó, por qué está aquí, justo en Calidón. Debemos actuar con cautela; tenderle una trampa mortal, de la que no pueda escapar. Eso es... Pero debemos escuchar primero al adivino

Altea.- ¿Actuar con cautela? ¿No quedan ya hombres en Calidón? ¿Y los arqueros que seleccionamos con tanta rigurosidad? *(Al guardia).* Presta acá esa jabalina *(Forcejea con el guardia, tratando de quitarle el arma).*

Guardia 1.- *(Al rey)* ¿La entrego, señor?

El rey asiente con un movimiento de la cabeza y de su mano izquierda...

Altea.- Yo misma saldré y buscaré a la bestia en su guarida. *(Va a salir).*

Eneo.- Espera, Altea. Escucha. Soy un hombre rudo y jamás permanezco con los brazos cruzados... En dos ocasiones hemos enfrentado a ese monstruo, sin éxito. ¡Maldición! La primera vez, hace ya cinco días; enviamos un grupo de cazadores expertos. Les dimos el pomposo nombre de “los arqueros del rey”. Qué orgullosos se sentían... Salieron por la noche, con jabalinas, con arcos y flechas, redes y cuerdas. Iban riendo, confiados en su arte... ¡Imbéciles...! Al siguiente día hallaron sus cuerpos destrozados, en el claro del bosque. Al parecer ninguno se salvó.

Altea.- ¡Horror de horrores! ... Todos ellos tentaron a los dioses. Los dioses habían trazado para ellos derroteros más pacíficos. ¿Por qué anhelar, por qué buscar posiciones más altas...? ¿No estaban satisfechos con sus simples vidas? Eran buenos burreros, pastores gentiles, esforzados boyeros, hábiles picapedreros, leñadores fuertes... Pagaron con su vida la efímera gloria de servir a su rey...

- Eneo.-** La suerte de esos hombres ya estaba decidida, mujer. No hay que andar con tantas lamentaciones. O esos cazadores mataban al jabalí o mis guardias mataban a los cazadores, si aparecían por aquí con las manos vacías...
- Altea.-** Dijiste que fueron dos ocasiones... Dijiste que en dos veces seguidas has enfrentado al monstruo.
- Eneo.-** La segunda vez, hace tres días exactamente... Envié por la noche una escuadra de guerreros veteranos. ¿Me escuchas bien? ¡Siete famosos guerreros, armados hasta los dientes!
- Altea.-** Oh, Eneo. Tu crueldad no tiene límites. Entonces fueron esos los pobres hombres a los que mataron desde la torre... Ayer enterraron sus cuerpos en medio de los gritos lastimeros de sus madres, esposas e hijos...
- Eneo.-** ¿Qué quieres que haga? ¡No pudieron con el jabalí! Si admitía nuevamente en el cuerpo de guardia a esos inútiles hubiera fomentado el mal ejemplo...
- Altea.-** Los dioses nos quieren a nosotros...
- Eneo.-** ¿A nosotros? ¿Deberás entonces salir tú, Altea a enfrentarte con la bestia? ¿Deberán hacerlo nuestros hijos, Meleagro o Clímeno? ¿O nuestras hijas Gorge, Deyanira, Eurímede y Melanita tendrán que armarse con el bronce y enfrentar al vicioso jabalí? Salga primero yo, si así lo ha decretado Zeus.
- Altea.-** Entonces...
- Eneo.-** Devuelve, Altea, esa jabalina al guardia. Siéntate y espera... Escuchemos qué dice ese adivino...
- Altea.-** (*Devuelve la jabalina al guardia*). Eneo... tengo miedo... por Meleagro...
- Entra a escena otro guardia.*
- Guardia 2.-** El adivino pide permiso para entrar, señor.
- Eneo.-** Deja pasar... al escrutador de estrellas...
- El guardia se retira y retorna con Mopso y dos sacerdotes. Uno de los sacerdotes porta una cesta, dentro de la cual se encontrará un pequeño cerdo, debidamente adornado para el sacrificio.*
- Mopso.-** Poderoso señor, he venido desde tierras lejanas a Calidón. Estoy solamente de paso. Desde este puerto embarcaré en las naves hacia otras tierras.
- Eneo.-** Una bestia salvaje asola nuestros campos, siembra la confusión y la muerte. ¿Quién la manda? ¿A qué se debe este castigo? ¿Cómo acabar con monstruo tan maligno?
- Mopso.-** Pide a tus sacerdotes que oren. Ellos revelarán para ti la voluntad de los dioses.
- Eneo.-** Te pido a ti, que intercedas por nosotros.
- Mopso.-** ¿A mí, señor? Yo soy un extranjero en estas tierras.
- Eneo.-** Día tras día te han encontrado en el templo de Apolo orando y ofreciendo sacrificios. Eres sin lugar a duda un hombre virtuoso.
- Mopso.-** A los dioses dirijo mis plegarias.
- Eneo.-** ¿No te compadecerás entonces de los que habitan en este puerto? No lo hagas por mí. Hazlo por ellos.
- Mopso.-** ¿Cómo puedo negarme oh rey? Tan justa es tu demanda...

Eneo.- *(A los sacerdotes).* ¡Hagan lo que él les pida!

Mopso se acerca hasta el altar de los sacrificios.

Mopso.- Encenderemos el fuego y entonaremos himnos en honor de los dioses tutelares. Alabaremos a Zeus, el más poderoso de los dioses. Entonaremos himnos al rutilante dios, al que ilumina con su luz el cielo, al que tiene en su diestra el rayo y el relámpago. Ofreceremos en su honor la mirra y el incienso. Le ofreceremos flores, miel, pan, aceite y la pureza de nuestros corazones.

Los sacerdotes encienden el fuego en el altar y ofrecen flores, miel, pan y aceite.

Sacerdotes.- *(En coro).* Con este fuego encendido
Elevamos nuestras preces a los dioses
Alabados sean los designios de Zeus
Que los inmortales miren con piedad nuestras ofrendas
De frescas flores, de miel, de pan y aceite.

Mopso.- A Proteo, que controla el flujo y el reflujo del mar. A Proteo que conoce el presente, el pasado y el futuro. A Proteo invoco mi plegaria y me inclino reverente. Con intenciones piadosas, yo uno de los iniciados, levanto mis ojos hacia ti. *(A los sacerdotes)* Ahora presenten el cerdo expiatorio...

Los sacerdotes presentan en el altar el cerdo expiatorio.

Mopso.- Hacia ti, Apolo, elevamos nuestra plegaria. En Delfos aniquilaste, oh dios, a la serpiente Pitón que assolaba el país, contaminaba las aguas, destruía las cosechas, devoraba los hombres y animales. Igual que la Pitón, aquí en esta tierra, un jabalí mantiene a todos aterrados.

Sacerdotes.- *(En coro).* Adornado con cintas, crotos y lirios; bañado y ungido con aromas, ofrecemos este animal en sacrificio. *(Muestran el pequeño cerdo).* Envíanos ¡oh gran dios! tu oráculo infalible.

Mopso.- ¡Abre nuestros ojos, Apolo! ¡Destapa nuestros oídos! ¡Desgarra para nosotros el arcano!

Los sacerdotes toman al pequeño cerdo y lo sacrifican.

Sacerdotes.- *(En coro).* Muéstranos oh Hermes, mensajero divino,
Protector de los pastos, de rebaños y ovejas,
Por qué razón los campos
Infestados se encuentran de peligros,
Y el jabalí campea impunemente
Sin que nadie matarlo haya podido.

Mopso.- En el humo que se eleva hasta el cielo, miro sobre este altar todos los sacrificios que se han hecho y todos los sacrificios que se harán. Miro también, con la angustia de quien no puede detener tanta impiedad, cómo la mano bárbara, sacrílega destruye el altar, escabel de los dioses... Y esto me aniquila. No muestres más infamias, oh poderoso dios. Cierra el libro de los arcanos secretos. Horror de horrores... preferiría estar ciego a mirar tanta depravación... ¡Todo está corrompido! *(Implora al rey).* Relévame, oh gran rey de esta ingrata tarea. Sella mis labios para que no hable.

Altea.- Habla agorero. Di lo que tengas que decir y nada nos ocultes.

Eneo.- ¿Quién envió la bestia?

Mopso.- Fue Artemisa, la virgen.

Eneo.- No te detengas. ¡Habla!

Mopso.- Tú Eneo ¡oh gran rey!, al celebrar los sacrificios a los dioses, al agradecerles por las espléndidas cosechas hace un año, te olvidaste de invocar a la sagrada Artemisa, hija del propio Zeus y de Leto. Has dado la espalda a la hermana de Apolo, a la certera con el arco y la flecha. (*Tres flechas surcan el aire y se clavan a los pies del rey*).

Eneo.- Reconozco mi error, poderosa Artemisa, “Señora de las Fieras”. Aleja de nosotros tus agudas flechas. ¡Oh diosa protectora de la fuerza vegetativa, jamás dejaremos de ofrecer en tu honor las primicias de la tierra! ¡Habla ahora, agorero... qué debemos hacer para alejar a la bestia!

Mopso.- Artemisa demanda contrición, sumisión, humildad de parte del rey y de la reina.

Altea.- ¿Qué más piden los dioses?

Mopso.- ¡No salgan las palabras de mi boca! ¡No sea yo portador de tantos males!

Altea.- ¡Dinos lo que ves!

Mopso.- Sangre. Sangre por todas partes. Eso es lo que veo. Todo es rojo y viscoso. El hijo suplicante. Y junto al hijo la madre con terror implora el perdón para la carne de su carne... ¡Veo al padre con las manos manchadas en la sangre inocente de su hijo!

Eneo.- Fue un error. Lo reconozco. La ira me cegó. No pude detenerme. No lo quise matar. Aún me angustia por las noches ese infame recuerdo. Y el tormento, el tormento, el tormento que me pesa durante años y años... Con agua lustral, vapores de azufre, fuego y humo he buscado purificar este cuerpo ante los dioses. Con mirto, romero, enebro he intentado lavar ese execrable crimen. Con ramas de laurel apolíneo he clamado a los dioses me perdonen... ¿Qué más debo hacer?

Mopso.- Calidón se verá libre del monstruo cuando un príncipe digno sea sacrificado ante los dioses...

Eneo.- ¿Un príncipe... digno?

Altea.- ¡No! ¡Ninguno de mis hijos habrá de ser sacrificado! ¡Son inocentes! A vosotros, sumos sacerdotes os conjuro. Ni un solo cabello habréis de tocar de las frondosas cabelleras de mis hijas. Ni un solo cabello de Eurímede, ni uno solo de Melanita, ni uno solo de Gorge, ni uno solo de Deyanira. Jamás permitiré que asesinen a Meleagro, mi hijo. No tocarán a Clímeno. ¡Si los dioses están sedientos de sangre que tomen este, mi inservible cuerpo! ¿Qué esperan, pálidos sacerdotes? A la flor de los tamariscos comparo sus blancos y asustados rostros. ¡Tomen este mi caduco cuerpo y recuéstenlo sobre el altar, con la cara hacia el cielo! ¡Yo misma mostraré el cuello como mansa oveja! ¡Que no tiemblen sus manos al degollarme!

Mopso.- No es tu sangre la que quieren los dioses.

Eneo.- ¡No más enigmas! ¡No más rodeos! ¡Dilo ya, abiertamente! ¿Es la sangre del rey la que habrá de saciar la sed de los inmortales?

Mopso.- Tu sangre no, ni la sangre de tus hijos.

Eneo.- En hora buena. No entiendo lo que dices... adivino de males. Pero eso ya qué importa. Mi sangre y la sangre de mis hijos no serán derramadas. ¡Que los músicos vengan! Que las liras y las flautas llenen de alegría esta sala. Que dancen nuestras bellas esclavas y nos tienten con

sus frutos exóticos. Quiero escuchar el sonido cadencioso de sus pulseras y de sus pendientes.
Que colmen de preciosos regalos a Mopso el adivino. ¡La Fortuna nos sonrío en este día!

Altea se sienta en el trono, abatida...

Telón

Entra a escena el coro de las doncellas de Calidón.

Coro.- Negros presentimientos

Corroen como el ácido

El frágil corazón de Altea

La amada, la deseada por tres dioses.

Si la sangre de Eneo y de su prole

No será derramada

¿A quién los inmortales eligieron?

Oh amada, o deseada por tres dioses.

¡Que Ares defienda a su hijo Meleagro!

¡Que Dionisio proteja a Deyanira!

No hay quien consuele en esta amarga hora

A la amada, la deseada por tres dioses.

No sabe Eneo, jamás podrá saberlo

Que el tálamo nupcial fue mancillado

En lúbricos combates sostenidos

Por la amada y deseada por tres dioses.

SEGUNDO ACTO

Escena I

Nos encontramos nuevamente en el palacio de Eneo, en el patio central. Arriba, en la terraza, Eneo conversa con Mopso. Abajo, con excepción de los dos guardias que custodian la entrada a las habitaciones del rey y de la reina, la planta permanece vacía.

Eneo.- ¿Entonces, Mopso, abandonarás Calidón? ¿Cuándo lo harás?

Mopso.- No hay prisa. Me iré cuando todo se haya cumplido. Cuando esté tejida la red.

Eneo.- ¿La red? Son enigmáticas tus palabras... ¿No te agrada este puerto? ¿No son dignos de tu fervor nuestros templos y altares? Quédate con nosotros. ¿Qué te hace falta? *(El rey golpea sus manos, para llamar la atención de uno de los sirvientes. El sirviente se acerca. El rey ordena al hombre)*. ¡Sirvenos una copa!

El sirviente toma vino de una cratera y lo ofrece a Eneo y a Mopso.

Mopso.- *(Mira el vino. Lo huele, con curiosidad, pero no lo bebe. Devuelve la copa, sin haberla probado)*. He visitado casi todas las ciudades de Grecia, pero jamás he visto una bebida como ésta. Tiene el color de la sangre y huele a perdición...

Eneo.- ¿Si no has probado de esa copa, por qué razón la rechazas? En realidad eres un hombre extraño, Mopso. Esta es la bebida de Eneo. Yo la he descubierto. También he inventado un sugestivo nombre para este inigualable néctar. Lo llamo vino. ¡Es bueno y Eneo será bien recordado por el vino! Pruébalo. Tiene cuerpo. Esta bebida alegrará tu corazón.

Mopso.- Esa bebida embrutecerá y pervertirá; enturbiará el alma del hombre. ¡No la bebas, gran rey! Refunde en lo profundo de tus sótanos la fórmula, para que nadie la reproduzca jamás. Prohíbe que en tus dominios se beba este maligno brebaje. ¡Oh, Dionisio, Dionisio...! ¿Qué perversa maldad han cometido los mortales para que, de esta forma tan artera, hayas develado ante ellos el ponzoñoso secreto del vino?

Eneo.- *(El rey hace una seña al sirviente y éste sirve más vino)*. Acéptalo, Mopso. Acepta el regalo de los dioses... Tómalo sin medida y al rato estarás riendo y bailando como un poseído...

Mopso.- ¿Cómo fuiste tentado, oh gran rey? ¿Fue Dionisio en persona el que te reveló este arcano?

Eneo.- Tenía yo un pastor al que entregué cincuenta ovejas y cincuenta cabras, para que las cuidara. Estáfílo era su nombre.

Mopso.- ¿Estáfílo?

Eneo.- Sí, Estáfílo: Igual que racimo de uva. Llegó este hombre un buen día y pidió que lo recibiera. Tanto insistió e insistió que accedí finalmente y lo hice pasar. Me dijo, entonces, que algunas de las ovejas y cabras estaban "enfermas de felicidad". Que balaban, como si cantaran, que jugueteaban y retozaban como zarandeadas por algún espíritu. Dijo el pastor que estos alegres animales habían comido del fruto de la vid. Se nos ocurrió entonces exprimir las uvas y tamizar su jugo. Dejamos que fermente y fue así, por casualidad, que descubrimos el vino.

Mopso.- *(Con fingida indiferencia)*. ¿Y dónde está ahora este famoso pastor?

Eneo.- En el Hades.

Mopso.- ¡Oh... la fría y oscura noche del Hades! ¿Cómo murió?

Eneo.- Concurso para el puesto de arquero del rey. Lo enviamos con un grupo de expertos cazadores, para que acaben con el jabalí... Todos murieron. (*El rey levanta su copa*). ¡A la salud de Estáfilo: pastor y guerrero!

Mopso.- Engaño tras engaño. Error tras error. Vicio tras vicio... Y sin embargo, Estáfilo era un buen hombre...

El rey y Mopso entran a las habitaciones superiores. Abandonan la terraza. Abajo, en el patio, los guardias que custodian la entrada a la sala del trono, conversan entre sí.

Guardia 1.- Ya entró el rey. No escucho su voz.

Guardia 2.- ¿Estamos solos? Tengo que decirte algo, en secreto...

Guardia 1.- ¿Qué querías decirme? ¡Habla!

Guardia 2.- Que hoy también la vi salir... y la vi regresar...

Guardia 1.- ¿Hoy? ¿Estás seguro?

Guardia 2.- Sí, también hoy.

Guardia 1.- La van a descubrir.

Guardia 2.- Sí. Eso me temo.

Guardia 1.- Es bastante indiscreta... pero... hay tanta gente en este palacio...

Guardia 2.- ¿Cómo puede exponerse a tanto?

Guardia 1.- La pasión. Ella es una mujer apasionada...

Guardia 2.- Si el rey lo descubre... rodarían algunas cabezas...

Guardia 1.- Y las nuestras no estarían a salvo.

Guardia 2.- ¡Eso me temo!

Guardia 1.- ¡Cállate! Escucho ruido. Alguien viene.

Abajo, en el patio, empiezan a llegar, en desorden, algunos hombres y mujeres. Traen tinajas y canastas llenas de uvas. Las lavan. Bromean, coquetean entre sí. Colocan las uvas en las tinajas. Las aplastan con las manos. Se escucha música de flautas y tambores; algunos muchachos y muchachas bailan. Mopso entra a escena, por la puerta que custodian los guardias.

Mopso.- (*A los muchachos y muchachas*). ¿Por qué no arrojan lejos esas tinajas y esos mostos fermentados, donde no puedan causar daño a los mortales? (*Para sí mismo, como en éxtasis*) ¿Por qué no puede el hombre permanecer inocente y puro? Los propios dioses los conducen por las sendas erradas. Ebrios andarán tus descendientes, Eneo. Ebrios y semi desnudos por las plazas y por los caminos. Arrojarán por su boca y por sus narices los alimentos aún no digeridos. Sin recato alguno fornicarán tus hijos y tus hijas...

Mopso abandona la escena. Sale por la izquierda, por el túnel.

Arriba, en la terraza se ve entrar a escena al rey, a la reina y a Meleagro.

Eneo.- ¿Escuchaste, Altea? ¡Deja en paz ese cofre! ¿Escuchaste lo que propone nuestro hijo? A mi me parece una gran idea. Si, Meleagro tiene toda la razón. Me gusta el plan, hijo mío. Convoqué a los príncipes y a los jóvenes guerreros de mayor renombre. (*Al sirviente*). ¿Qué te pasa? ¿Por qué no aplacas mi sed?

El sirviente ofrece vino al rey, a la reina y a Meleagro.

Altea.- *(A los muchachos del patio).* ¡Laven bien esas tinajas!

Muchacho 1.- Si, majestad. Las lavaremos.

Altea.- *(A Eneo)* ¿Para qué convocarás a esos príncipes, Eneo? ¿Les... tenderás una trampa? *(Sacude el cofre para comprobar si aún conserva el tizón).*

Eneo.- Altea... Deja de hacer sonar ese cofre, como si fuera un ataúd. Olvídate de Mopso, el adivino. Aquí nadie va a morir. Le ofrecí vino rojo y no lo quiso beber. ¡Qué insensatez! ¿A quién se le ocurre pedir que se ofrezca a los dioses, en calidad de víctima propiciatoria, un príncipe?

Meleagro. *(A Altea).* Aquí nadie va a morir, madre. Se trata de una fiesta. Organizaremos una cacería a lo grande: vistosa, con caballos, perros y trompetas... Haremos que adornen la entrada del palacio con guirnaldas; colgaremos granadas y piñones.

Eneo.- ¡En resumen: una cacería regia! *(Al sirviente).* ¡Dame vino! ¡Debo brindar por eso!

Altea.- Eneo... te veo tan entusiasmado... *(A los muchachos del patio que traen las uvas).* ¡No pongan las verdes! ¡Solo deben aplastar las mejores uvas, las uvas maduras!

Muchacha 1.- Está bien, majestad. Aplastaremos solo las mejores.

Altea.- *(A Eneo)* ¿En verdad... crees que ellos podrán cazarlo?

Eneo.- ¿Lo dudas? ¡Lo más preclaro de la juventud vendrá hasta Calidón! Será una celebración a lo grande. Llamaré a Cástor y Pólux, a Idas, a Teseo, a Jasón, a Néstor, a Peleo, a Pirítoo, a Telamón...

Altea.- ¿Crees tú que vendrán?

Meleagro.- ¿Por qué no vendrían, Madre?

Altea.- *(A Eneo).* ¿Cuál es el premio que ofrecerás al vencedor?

Eneo.- El honor de haber sido el primero entre los primeros. ¿Qué otra cosa puede ambicionar un noble corazón?

Meleagro.- *(A Eneo)* ¿No invitarás a Atalanta? Dicen que es diestra con las armas, como jamás lo fue mujer alguna. No hay quien pueda competir con ella en las carreras.

Eneo.- ¿Atalanta...? ¿Atalanta...?

Altea.- Conozco de referencia a esa muchacha... Leda, mi hermana me dijo...

Eneo.- *(En un tono irónico).* ¿Leda? ¿La que cuidaba del hermoso cisne?

Altea.- ¿Puedes dejar de ser sarcástico? ¡Deja el pasado en el pasado!

Eneo.- ¿Qué te dijo Leda?

Altea.- Dijo que Atalanta es la más hermosa de las muchachas que ella haya conocido. Que es de noble origen. Algunos dicen que es hija de Yaso y Clímene. Dicen que su padre la abandonó, recién nacida, en el monte Partenio, irritado porque no fue varón. La niña fue amamantada por una osa...

Eneo.- Yaso, el hijo de Licurgo... ¿Atalanta...? ¡Debemos invitarla! ¡Claro que invitaremos a Atalanta! Y por supuesto... ¿Cómo se nos había olvidado? Invitaremos a los Testiadas... A tus

hermanos, Altea: Eurípilo, Ificlo y Plexipo. *(A los que preparan el vino)*. Traigan otras tinas. Traigan más uvas. Preparen más vino. ¡Quiero que mis cuñados pasen a lo grande!

Altea se aproxima hasta el borde de la terraza, para mirar las labores de los jóvenes que preparan el vino. El cofre se le cae al patio.

Altea.- *(Grita)* ¡Oh, no! *(A los muchachos y muchachas que se apresuran a tomar el cofre, para devolverlo a Altea)* ¡Déjenlo, no lo toquen!

Eneo.- Calma, mujer. Es tan solo un pequeño cofre de madera...

Altea.- ¿Qué hago ahora? Se ha roto... Está hecho pedazos...

Telón

Sale a escena el coro de las doncellas de Calidón.

Coro.- ¿Qué hay en el mundo mejor que el vino rojo?

¡Nada iguala al sabor del vino blanco!

La música sin vino suena trágica

Salud, bebamos la bebida mágica.

El amante, con vino, es más amante.

Un amante, sin vino, es un tunante.

Si queremos amar y ser amados

Salud, bebamos como enamorados.

Un rey que ofrece vino no te engaña

Y la reina sonrío y bebe vino

Enfrentemos alegres al "Destino"

Nuestras vidas vivamos con gran maña.

Si a cazar jabalíes me invitaran

Con una condición asistiría

Una bella mujer para la noche

Y vino añejo mientras muere el día.

Escena II

El templo de Zeus, en Calidón, a un costado del palacio de Eneo. La oscuridad de la noche va cediendo poco a poco ante los embates de un pálido sol. La solitaria estatua del dios, en el centro del escenario, brilla a intervalos a la luz de las antorchas.

Eurípilo, Ificlo y Plexito, hermanos de Altea, ingresan al templo y se acercan a la estatua.

Eurípilo.- Este es en verdad un puerto importante. Si lo dominamos, si nos apoderamos de la ciudad, consolidaremos nuestro poder. Estoy convencido que ha llegado nuestra hora.

Ificlo.- ¿Por qué estás tan seguro, Eurípilo?

Eurípilo.- Porque los dioses están a nuestro favor. He dispuesto que veinte de nuestras naves copen mañana el puerto. Nadie lo notará. Se confundirán con las embarcaciones de los guerreros invitados por Eneo.

Ificlo.- (A Plexito). ¿Y tú, Plexito, qué opinas?

Plexito.- Que pudiera desencadenarse una reacción desfavorable por parte de los guerreros que vendrán a cazar el jabalí...

Eurípilo.- No, Plexito. Estás equivocado. Todos saben que el rey es un déspota. No lo defenderán. Ya lo he consultado con algunos de ellos. Si Eneo cae bajo mi espada se unirán a mí. Esa es una ventaja a nuestro favor.

Plexito.- ¿Y... nuestra hermana?

Eurípilo.- Altea lo detesta. Se alegrará si el rey muere.

Plexito.- ¿Y los hijos?

Eurípilo.- El único que podría enfrentarnos es Meleagro, pero no lo hará. Él no es hijo legítimo de Eneo...

Ificlo.- ¿Cómo lo haremos?

Eurípilo.- Buscaremos un pretexto... Será una lucha singular. Lo provocaremos. Lo desafiaremos. No podrá negarse a pelear con nosotros. ¡Calidón será nuestra! ¿Qué dices, Ificlo?

Ificlo.- Que debemos jurar frente a la estatua de Zeus.

Los hermanos de Altea levantan sus espadas y juran frente a la estatua.

Hermanos de Altea.- ¡Juramos matar a Eneo y apoderarnos de Calidón!

Los hermanos de Altea se retiran.

Entra Mopso y se acerca ante el altar. Derrama incienso en el brasero de cobre. Después se postra al pie de la estatua de Zeus y allí permanece orando en silencio. El incienso perfuma el ambiente.

Después de un rato, Altea se le aproxima. Mopso hablará con ella, pero no voltará su cabeza ni apartará sus ojos del dios.

Altea.- Aún no ha despuntado el día. Los pájaros no han abandonado sus tibios nidos. Vagan todavía errantes por el cielo algunas estrellas rezagadas, pero Mopso, el lapita, eleva ya sus devotas plegarias a los dioses...

Mopso.- ¡Oh Zeus, han perturbado la quietud del momento! El hechizo se ha roto. Ha llegado la que tenía que venir. ¿Por qué has venido a mí, mujer?

Altea.- Porque la angustia corroe mi corazón y mi quebrantada alma se conturba. Tenebrosa es la noche. Asesinos los presentimientos. Y el cerebro cavila y cavila dando vueltas a la misma idea... Aún retumban tus palabras en mis oídos: “Calidón se verá libre del monstruo cuando un príncipe digno sea sacrificado ante los dioses...” ¡Oh dioses, más crueles que los propios tiranos! ¿No te basta ¡oh Zeus! la triste muerte de los robustos bueyes? ¿No te sacias con las cabras y las ovejas? Teñidos de sangre están tus altares. Pero quieres un príncipe... ¿Deberemos hacer la guerra a nuestros aliados o a nuestros enemigos? Así tendrías sangre en abundancia... ¿A qué príncipes debemos derrotar y traerlos cautivos para ofrecer sus palpitantes vidas en los altares cubiertos de flores de helycriso?

Mopso.- Mujer. Tu lujuria y tu concupiscencia te han perdido. A Dionisio entregaste tus ardientes caricias. Ares te poseyó con furor y violencia en el lecho adúltero. Hoy mismo, al alba, has abierto tu cuerpo ante los húmedos embates de Poseidón.

Altea.- No soy una mujer frívola. No busco solamente el placer y la fugaz entrega... Soy una mujer apasionada, que anhela, como cualquier otra, entregarse entera al amor verdadero... He cedido, es verdad, ante los requerimientos de los fogosos dioses. ¿Pero dime tú, quién puede oponerse o resistirse ante la voluntad de los inmortales? Tú sabes, Mopso, que Eneo es de carácter brutal, amante de la sangre e intemperante. A este hombre, nada sensible, nada tierno, me uní sin amor y he vivido con él toda una vida. Le he dado hijos y le he dado hijas... A este hombre violento, que asesinó a mi hijo en un momento de locura, me he sometido. He cedido a sus caprichos y he soportado con paciencia sus ataques de furia. ¿No ha sido esto suficiente castigo?

Mopso.- No solo son tus culpas las que te condenan. También atenta contra Calidón el ambicioso ancestro de donde tú procedes.

Altea.- ¿Qué has querido decir con eso? Oscuro es tu lenguaje. Príncipes son mis hijos. Príncipes son Meleagro y Clímeno. ¿Cuál es la sangre que ha de derramarse?

Mopso.- Tú lo sabes, Altea.

Altea.- No es la sangre de Eneo ni la de sus hijos... No es la sangre de Clímeno la que saciará la voracidad de los dioses... ¡Es Meleagro la víctima propiciatoria! (*Grita horrorizada*) ¡Quieren herir al hijo de Ares! Quieren tomar venganza en el más inocente de todos, en Meleagro, mi hijo amado. ¿Dónde está el cofre? ¿Dónde he dejado tu vida, hijo mío?

Altea huye horrorizada.

Mopso.- Tejida está la red. Qué hábiles son las manos del Destino. Cubiertos por una venda que engeguece, vamos de tumbo en tumbo los mortales...

Mopso abandona la escena. El templo queda vacío. La luz del sol golpea con fuerza la estatua de Zeus. Entran a escena el muchacho y la muchacha. Portan guirnaldas.

Muchacho 1.- Debemos apresurarnos. Ha llegado la hora de cubrir los altares con guirnaldas. Mañana es el gran día.

Muchacha 1.- ¿Viste llegar a los guerreros? Son hermosos como dioses.

Muchacho 1.- Los vi pasar erguidos, por entre la doble fila de hachas amenazadoras que portaban los guardias del rey.

Muchacha 1.- Eran hachas de bronce y de oro ¿verdad?

Muchacho 1.- Escucho ruido. Alguien se acerca.

Los muchachos abandonan la escena. Entran Cleopatra y Meleagro.

Meleagro.- ¿Para qué has querido traerme hasta aquí? Han llegado ya todos los guerreros y es mi obligación, como el hijo del rey, atender a los ilustres huéspedes.

Cleopatra.- En este magnífico templo, dedicado a Zeus, ante la estatua del dios te tomé por marido y me tomaste por mujer. Nadie te obligó a venir. Libre llegaste aquí, como el hijo del rey. ¿O fue acaso concertado este matrimonio entre tu padre y el mío, por simple conveniencia? Si así lo fue, vanas serán mis palabras.

Meleagro.- Por amor vine. Lo recuerdo muy bien.

Cleopatra. Entonces dame tu mano y escúchame. Ante este templo, te conjuro Meleagro, que me digas la verdad. ¿Anhelas retomar tu libertad? Mi corazón es fuerte como un cedro y resiste los más fieros embates, pero ha empezado a cubrirse de espinos y acantos. ¡Jamás olvides que soy la hija de Idas y Marpesa! Por lo tanto, nieta del mismo Ares...

Meleagro.- ¿Y eso a qué viene? No entiendo lo que dices. *(Suelta las manos de Cleopatra)*

Cleopatra.- No me provoques, Meleagro.

Meleagro.- Si algo te incomoda... por qué no me lo dices de frente.

Cleopatra.- ¿Tu crees que estoy ciega? ¿Crees que no me doy cuenta? La forma en que la tratas, te delata. La forma en que la miras, te delata. Eres otra persona cuando estás frente a ella...

Meleagro.- ¿Atalanta?

Cleopatra.- Si. Al menos no lo niegas. Te has enamorado perdidamente de ella. No puedes ocultarlo...

Meleagro.- Los celos te ciegan.

Cleopatra.- Desde que esa mujer llegó a Calidón no eres el mismo.

Meleagro.- Admiro en ella su fogosidad. Jamás había visto a nadie montar un caballo como lo hace Atalanta. Es como si ella y la bestia se hubieran fusionado en una sola carne. Como si respondieran a un solo impulso. Atalanta es elástica, vital, admiro su arrojo, admiro su valor...

Cleopatra.- ¿Y eso es todo?

Meleagro.- Eso es todo.

Cleopatra.- *(Toma nuevamente las manos de Meleagro)*. Entonces, amor mío... no hay de qué preocuparse. Untaré de perfume mi cuerpo y pondré aceite en mi cabellera. Reniego de mis celos. Aquí nada ha pasado. Ven. Bésame. Olvida mis palabras.

Meleagro besa a Cleopatra.

Cleopatra.- Ven, reten mis caderas entre tus manos. Mírame frente a frente. Más cerca, quiero sumergir mis ojos en los tuyos. Así. No pienses. No hables. Tan solo escucha como ruge por ti mi sangre, como si fuera un torrente desbocado. Ahora prométeme. ¡Oh dulce amor mío! Prométeme que el día de mañana...

Meleagro.- ¡Que el día de mañana, qué!

Cleopatra.- Júrame que no irás a la famosa cacería. Dime que no irás; que estarás aquí, conmigo. Quiero que te quedes junto a mí y desates mis trenzas con tus dedos... Deseo que cubras mi desnudo cuerpo con nenúfares del río. Olvida Calidón. Hagamos el amor aquí, en el

propio santuario de Zeus, para que se enriquezca de vida toda la eternidad. Que Atalanta no exista para ti. Deja que esa “vital y valerosa heroína” vaya con los demás, erguida y vigorosa por los valles y bosques en busca de la presa codiciada. Que vaya, si, que vaya con los nobles guerreros convocados por Eneo, tu padre. Que regrese, si quiere, cargada el jabalí en sus propias espaldas.

Meleagro.- ¡Juro ante Zeus... que no puedo hacer lo que me dices! Cómo podría el hijo del rey es-
cudarse en los brazos de una mujer y eludir el peligro. Que jamás se diga que Meleagro es un
cobarde. Cómo se reirían de mí Cástor y Pólux; Idas, tu propio padre; con que desdén me
tratarían Teseo, Jasón, Néstor, Peleo, Pirítoo, Telamón...

Cleopatra.- No lo puedo creer. No logras arrancarla de tu pecho...

Entran a escena los dos sacerdotes. Portan flores.

Sacerdote 1.- Bienvenido a este templo, Meleagro. Bienvenida seas Cleopatra. Traemos flores para
adornar con ellas el altar del poderoso Zeus.

Sacerdote 2.- Todos los guerreros convocados por Eneo, nuestro amado rey, han venido presurosos
a Calidón. En briosos corceles y en carros han llegado, con gran algarabía. Orgullosos mos-
traban sus relucientes armas de bronce, sus flexibles arcos y sus puntiagudas jabalinas. Unos
llegaron por tierra y otros por mar, en veloces naves. La ciudad se encuentra engalanada y
muchos se agolpan en las plazas con la esperanza de mirar el paso de los ilustres huéspedes.

Sacerdote 1.- Ahora díganos, ¿qué pueden hacer por los príncipes los humildes sacerdotes de este
templo?

Sacerdote 2.- ¿Quieren sacrificar alguna víctima propiciatoria?

Sacerdote 1.- ¿Deseas tú, noble príncipe, alcanzar de Zeus la victoria?

Cleopatra.- Pido que de Atalanta sea la victoria. Que el propio Zeus guíe contra la bestia su diestra
jabalina. (*Abre su pecho y muestra su propio corazón*). Que apunte directamente al corazón y
que su puntería dé en el blanco.

Telón

Entra a escena el coro de doncellas de Calidón.

Coro.- Ya la red se ha tejido:
Hábiles son las manos del “Destino”:
Cubiertos por la venda que enceguece
Vamos de tumbo en tumbo los mortales.

El rey lo ha decidido:
Por los caminos los jinetes llegan
Ebrios de vino avanzan, sin saberlo
Y oculta los espera la tragedia.

Acuden al llamado
Los mejores guerreros de la Grecia.
Impetuosos los diestros brazos alzan,
Deseosos de vencer o de morir

Cuida, Altea a tu hijo
Cuida Cleopatra al hombre de tu vida

Y que cuide, si puede, de su hijo
El dios terrible y fatuo de la guerra.

Escena III

La campiña de Calidón se extiende verde y amplia. Es un verde sucio, en penumbra. Han armado una tienda de campaña para el rey; dos guardias custodian su entrada. También han improvisado un altar de piedra, para ofrecer los sacrificios rituales a los dioses. El día está por empezar. Aún el manto de la noche no ha sido despejado por completo. Los sirvientes permanecen inmóviles; atentos ante cualquier requerimiento del rey. Se escucha a lo lejos el sonido de trompetas y el ladrido de perros. Relinchan algunos caballos. El sonido de las trompetas es más cercano y nítido. Entran a escena tres muchachos. Cada uno guía tres perros de caza. Sus siluetas se recortan fantasmagóricas en el escenario.

Muchacho 1.- *(A sus perros).* ¡Busquen! ¡Busquen bonitos!

Muchacho 2.- *(A sus perros).* ¡Afinen el olfato! ¡Adelante! ¡Adelante!

Muchacho 3.- *(A los otros muchachos).* Por acá. ¡He visto la silueta del monstruo! ¡Muévanse!

Los muchachos abandonan la escena. Los perros ladran furiosamente. Los perros chillan, como si los hirieran, como si los mataran.

Voz del muchacho 1.- ¡Oh, no, no! ¡Que los dioses nos protejan!

Voz del muchacho 2.- ¡Corre! ¡Corre! ¡Toca el cuerno! ¡Toca el cuerno!

Voz del muchacho 3.- ¡Maldita bestia! ¡Maldita bestia!

Se escucha el sonido desesperado de un cuerno de caza. Al mismo tiempo, el ruido sordo, seco del jabalí, que huye entre la maleza; su jadear entrecortado; el hundirse de sus pezuñas en la tierra; su gruñido de furia y advertencia. Después reina el silencio. Aumenta la luz paulatinamente. A lo lejos suena de nuevo el cuerno de caza. De pronto, el ruido de cascos, el jadear de caballos que avanzan y relinchan ensordece el ambiente. Los caballos pasan y todo vuelve a quedar en calma.

El muchacho 1 entra violentamente a escena y se dirige a los guardias que custodian la tienda del rey.

Muchacho 1.- Tengo informes para el rey.

Guardia 1.- *(Levanta la cortina e informa al rey).* Ha llegado un mensajero, poderoso señor.

Eneo.- *(Desde el interior de la tienda)* ¡Habla muchacho! ¡Qué novedades traes?

Muchacho 1.- Encontraron al jabalí, poderoso señor. *(Visiblemente atemorizado).* Yo mismo lo he visto y no lo podré olvidar jamás. Es como un cerdo grande y salvaje de color gris... Es un animal corpulento de cabeza aguda, de jeta prolongada, de pelo áspero, duro y tupido, con las orejas siempre tíasas... de grandes y poderosos colmillos que salen de su boca... como si fueran dos enormes jabalinas...

Eneo.- *(Sin salir de la tienda).* ¡Qué noticias me tienes de Meleagro!

Muchacho 1.- El príncipe se ha adelantado a todos los guerreros y va a la cabeza. Atalanta avanza, a su lado, con su lanza descomunal...

Eneo.- *(Sin salir de la tienda)* ¿Algo más?

Muchacho 1.- Uno de los pajes ha sido atacado por la bestia, poderoso señor... Algunos hombres traen el cuerpo sin vida para... para...

Eneo.- *(Desde el interior de la tienda. Al mensajero).* Retírate. Sígueme informando. *(El rey cierra la cortina de su tienda).*

(El muchacho 1 abandona rápidamente la escena).

Eneo.- *(Sin salir de la tienda. Al guardia).* Di a los sirvientes que me traigan vino. Hoy he amanecido con sed. *(El sirviente atiende prestamente el pedido del rey).*

El muchacho 2 entra violentamente a escena y se dirige a los guardias que custodian la tienda del rey.

Muchacho 2.- *(A los guardias).* Informes para el rey.

Guardia 2.- *(Levanta la cortina e informa al rey).* Otro mensajero, poderoso señor.

Eneo.- *(Desde el interior de la tienda)* ¡Habla muchacho, no te detengas! ¿Qué novedades traes?

Muchacho 2.- Cástor y Pólux rodearon la colina y cerrarán el paso al jabalí. Idas, el padre de Cleopatra se ha quedado rezagado. Su caballo reventó a causa del esfuerzo realizado. Pide que le manden un nuevo animal.

Eneo.- *(Sin salir de la tienda, al muchacho 2).* Lleva tú mismo un caballo para Idas. *(El rey cierra la cortina de su tienda).*

El muchacho 2 abandona rápidamente la escena. Se escucha el ruido de un caballo que parte.

Desde el interior de la tienda del rey brota la risa argentina de una muchacha y el jadear estrepitoso del rey... La frágil tienda trepida. Los guardias no se inmutan.

El muchacho 3 entra violentamente a escena y se dirige a los guardias que custodian la tienda del rey.

Muchacho 3.- *(A los guardias que custodian la tienda del rey).* Información para Eneo, el rey.

Guardia 2.- *(Se acerca para levantar la cortina de la tienda, pero Eneo la abre desde adentro).* Otro... mensa...

Eneo.- *(Desde el interior de la tienda. Saca la cabeza).* Si, ya oí. Ya oí. ¡Maldición!

Eneo sale de la tienda de campaña. Detrás de él, una muchacha semi desnuda se escabulle como un animal silvestre. Ve a los guardias, a los criados y al mensajero con rubor, tratando de ocultar su rostro. Huye, cubriendo como más puede, su desnudez. La muchacha abandona la escena rápidamente, sin decir una palabra.

Al mismo tiempo, entran a escena cuatro muchachos. Traen el cuerpo destrozado, ensangrentado, sin vida, del paje que fue herido por el jabalí. Cruzan el escenario en silencio y abandonan la escena.

Dos sirvientes traen el trono del rey y Eneo se sienta en él.

Eneo.- ¡Vino! ¡Más vino!

Los sirvientes sirven vino. Eneo bebe.

Eneo.- *(Al muchacho 3).* ¿Y tú por qué no hablas? ¿Qué esperas? ¡Habla! Ya lograste con tu impertinencia sacarme de la tienda. Ahora, dime lo que tengas que decir...

Muchacho 3.- Teseo, Jasón, Néstor y Peleo han formado una barrera infranqueable. Cástor y Pólux se aproximan por la retaguardia. El jabalí no tiene escapatoria.

Eneo.- ¿Cuál es la posición de mis cuñados?

Muchacho 3.- Los hermanos de la reina: Eurípilo, Ificlo y Plexito, al ver la ferocidad de la desconocida bestia, se han quedado prudentemente en la retaguardia... noble señor.

Eneo.- *(Con burla)* ¿Prudentemente? *(Eneo lanza al suelo la copa de vino, con furia)* ¿Prudentemente?

Muchacho 3.- ¡Prudentemente, señor!

Eneo.- *(Se levanta del trono, sin poder dominar su ira).* ¿Prudentemente? *(Golpea al paje con su cetro. El muchacho cae herido. El rey se dirige ahora a los sirvientes).* ¡Retiren de mi vista a este inútil farsante! Ahora llaman “prudencia” a la “cobardía”... *(Al sirviente).* Vino. Más vino.

Los guardias y los sirvientes sacan a rastras al muchacho 3. Recogen la copa arrojada por el rey. Sirven vino a Eneo.

El muchacho 1 entra violentamente a escena y se dirige al rey.

Muchacho 1.- Atalanta ha sido la primera en herir mortalmente al jabalí.

Eneo.- Atalanta... Atalanta... ¡Qué mujer, Atalanta...!

Muchacho 1.- Meleagro ha bajado de su cabalgadura y ataca a la bestia en su propio terreno. La hiera con furor. La enfrenta a pie, con la jabalina.

El muchacho 1 abandona rápidamente la escena. Se escucha el ruido de la lucha; el relinchar de los caballos; las voces de los guerreros; el gruñido estrepitoso del jabalí.

Voz 1.- ¡Cuidado! ¡Se ha levantado otra vez!

Voz 2.- ¡Ataca nuevamente! ¡Qué animal!

Voz 3.- ¡Sube al caballo! ¡Monta en el caballo!

Voz 4.- ¡Apártate!

Voz 5.- ¡Allí está! ¡Detrás de los matorrales! ¡Allí, sí! ¡Húndele tu lanza!

Se escuchan gritos de victoria y risas estrepitosas. La trompeta anuncia el fin de la cacería.

El muchacho 2 entra violentamente a escena y se dirige al rey.

Muchacho 2.- Todo ha terminado, poderoso señor. Ha muerto el jabalí. El príncipe Meleagro ha aniquilado al monstruo.

El muchacho 2 abandona la escena.

Eneo.- ¡Alabados sean los dioses! *(A los sirvientes).* Digan a los sacerdotes que vengan.

Uno de los sirvientes sale presuroso para llamar a los sacerdotes. Entran a escena los hermanos de Altea: Eurípilo, Ificlo y Plexito.

Hermanos de Altea.- *(En coro).* Los dioses protejan a Eneo.

Eurípilo.- Ha sido en verdad, una cacería estimulante.

Ificlo.- Ha sido una cacería inolvidable.

Plexito.- Una cacería que demandó valor. Mucho valor.

Eneo.- *(Con sorna).* Si. Lo supongo. Especialmente para los que se quedaron “prudentemente” en la retaguardia...

Eurípilo.- Con esas bestias jamás se sabe por dónde atacarán...

Ificlo.- Si, son impredecibles.

Eneo.- (A los sirvientes). Vino. Que mis “prudentes” cuñados beban vino.

Un sirviente sirve vino al rey y a los hermanos de Altea. Entran dos sacerdotes.

Sacerdote 1.- Acudimos prestos al llamado del rey.

Sacerdote 2.- Ordena, poderoso señor.

Eneo.- ¡Enciendan el fuego sagrado! ¡Debemos dar gracias a los dioses! ¡Cuidado con olvidarse de Artemisa!

Los sacerdotes encienden el fuego en el altar de piedra. Entran algunos guerreros con sus armas. Traen al jabalí, muerto a lanzazos. Entran Meleagro y Atalanta. Caminan tomados de las manos y sonríen dichosos.

Telón

Entra a escena el coro de las doncellas de Calidón.

Coro.- ¿Dónde está el jabalí que la tierra asolaba?
¿Dónde el que osó derribar nuestros altivos muros?
Yace por tierra su hocico ensangrentado;
Escarnio de los niños son sus largos colmillos.

Al sol secan la piel, con sal la curten.
Descoyuntan sus huesos, sus rojas carnes trozan.
A los hambrientos buitres lanzan sus negras vísceras:
Inútiles despojos infestan la pradera.

Salve al guerrero que sometió a la bestia.
Las ramas del laurel su frente adornen.
El pueblo entero su victoria cante:
A Meleagro los dioses le sonríen.

Baila en calles y plazas el pueblo agradecido.
Suspiran las mujeres y le regalan flores.
Arcos triunfales de ramas han tejido
Y Meleagro altivo, sonrío cuando pasa.

Escena IV

La sala del trono, en el palacio de Eneo. A un costado, un altar de piedra para ofrecer sacrificios a los dioses. El fuego sagrado se encuentra encendido. Dos canéforas portan canastillos repletos de flores y queman incienso. El rey permanece sentado en su trono y dos guardias, armados con una jabalina, vigilan de pie a cada uno de sus costados. En un trono más bajo, Altea, la reina, aguarda.

Eneo.- ¿Hiciste reparar ese cofre o es uno nuevo?

Altea.- Es uno nuevo.

Eneo.- ¿Y qué es lo que guarda la reina, tan celosamente? (*Con desprecio*). ¿Los bucles que le entregaron en prenda sus... amantes?

Guardia 1.- Veo llegar al príncipe, mi señor. Atalanta viene con él. Detrás, los hermanos de la reina: Eurípilo, Ificlo y Plexito.

Eneo.- (*A los sirvientes*). Descorran los cerrojos. Levanten las aldabas. Abran las puertas.

Los sirvientes abren las puertas y entran Meleagro, Atalanta, Eurípilo, Ificlo y Plexito. Atalanta llega tomada de las manos de Meleagro y sonríe feliz. Todos portan sus jabalinas. Los hombres, además, van armados con sus espadas.

Eneo.- Te declaro, hijo mío, vencedor indiscutible de la contienda. Tu fuerte brazo, tu valor, y el favor de los dioses, te hacen merecedor de la corona de laureles.

Las canéforas se aproximan a Meleagro. El se inclina y ellas colocan la corona de laureles sobre su cabeza.

Eneo.- La piel curtida del fabuloso jabalí; sus valiosos colmillos y despojos solamente a ti te pertenecen.

Altea.- ¡Alabados sean los dioses porque mis plegarias han sido escuchadas! Este es el día más feliz de mi vida.

Meleagro.- (*Se despoja de la corona de laureles y ciñe con ella la frente de Atalanta*). Esta corona de laureles, oh rey, debe adornar la cabeza de Atalanta. Ella fue la primera en herir mortalmente al jabalí. De ella es la gloria.

Eurípilo.- (*A Meleagro*). Medita bien lo que haces, Meleagro. ¡Cuidado con lo que dices, sobrino! *Meleagro, sin hacer caso alguno de las palabras de Eurípilo, corona a Atalanta, como la vencedora.*

Ificlo.- (*A Meleagro*). No puede el capricho de un mozo alterar la prelación de la victoria...

Meleagro.- (*Al rey*). Le corresponden también a la hermosa Atalanta los colmillos, la curtida piel y los despojos de la bestia que hoy hemos derrotado.

Plexito.- Inaceptable. Totalmente inaceptable. (*A Ificlo y a Eurípilo, aparte*). ¡Es el momento de honrar el juramento a Zeus!

Ificlo.- (*Increpa al rey*). ¡Respetemos los usos y costumbres, mi rey y cuñado! Si Meleagro rechaza lo que tú le ha otorgado, el don debe pasar a los parientes más cercanos.

Eurípilo.- (*Demanda al rey*). Revoca, Eneo, tu designio y entrérganos los despojos de ese jabalí, que de acuerdo con la costumbre ya nos pertenece.

Eneo.- ¿Qué justicia sería esa? ¿Debo despojar al valeroso para privilegiar al cobarde?

A las palabras de Eneo se produce inmediatamente un silencio sepulcral. Los rostros están tensos. Los hermanos de Altea desenvainan sus espadas.

Meleagro, espada en mano, se interpone entre sus tíos y el rey.

Meleagro.- ¡Fuera de esta casa! ¡Nadie levantará su espada contra el rey, mi padre!

Eurípilo.- Entonces demuestra tu valor frente a nosotros.

Meleagro.- ¿Es eso lo que quieren mis queridos tíos?

Meleagro lucha contra sus tíos.

Altea.- ¿Qué es esto? ¡Deténganse! ¿Se derramará sangre de príncipes por los viles despojos de un cerdo viejo?

Ificlo.- ¡Toma! ¡Toma! Mi espada te enseñará, muchacho, a respetar a tus mayores.

Entra Cleopatra y mira con horror la lucha.

Cleopatra.- ¿Qué pasa? ¿Por qué esta pelea tan absurda? ¡Meleagro! ¡No! ¡Meleagro! ¡Guardias!

Altea y Cleopatra intentan en vano separar a los que pelean.

Plexito.- ¡Me ha herido! ¡El maldito me ha herido!

Cleopatra.- ¡Guardias, sepárenlos! ¡Sepárenlos que se matan!

Altea.- Hijo mío contén tu furia, te lo imploro. ¡No! ¡Ay! ¡No los mates! ¡Detente, Meleagro!

Meleagro mata a sus tíos.

Cleopatra.- ¡Están muertos!

Altea.- *(Se inclina y acoge entre sus piernas la cabeza de Eurípilo).* ¡Eurípilo! ¡Contéstame! ¡Oh! ¡No! ¡Esto no está sucediendo! ¡Esta es otra de mis pesadillas! *(Deja a Eurípilo y acoge a Ificlo).* ¡Ificlo! ¡Hermano mío! ¡Levántate! ¡Plexito! ¡Qué haces allí, tendido en un charco de sangre! ¡Somos etolios! ¡Jamás lo olviden! Testio es nuestro padre, hijo de Ares. ¡Ares, poderoso dios! ¡Dios del combate! ¿Dejarás impunes estos crímenes? *(Se levanta y mira sus manos. Mira su túnica ensangrentada).* Ya están manchadas de sangre mis manos. Ya mis vestidos se han contaminado de impiedad. ¿No deberá también mi rostro endurecerse y desfigurarse con la venganza? *(Refriega sus manos contra sus mejillas y su frente, tiñéndolas de sangre).* ¡Esta es tu obra, Eneo! ¡Esta es tu obra! *(Se acerca hasta Meleagro y golpea su pecho con los puños)* ¿Y tú? ¿Dime quien eres? ¿De qué vientre has nacido? ¡Asesino! Veo fructificar en tu corazón la maldita semilla de la furia, la semilla de la locura insana. ¿Es esa la herencia de tu padre?

Meleagro.- ¡Era mi deber proteger a mi padre!

Altea.- ¡Oh, insensato! ¿A tu padre, dices? ¿A los de tu propia sangre asesinas, por defender a un extraño?

Eneo.- ¿Estás loca, mujer? ¿Qué es lo que insinúas?

Altea.- ¡Digo que este no es tu hijo! ¡Digo que es hijo de Ares! *(Altea se acerca a su trono y toma el cofre).*

Meleagro.- ¡Madre! ¿Qué haces?

Altea.- ¡Así como te di la vida, te la quito! *(Enciende el tizón en el fuego sagrado).* ¡Arde! ¡Paga así tu crimen!

Meleagro.- (*A Eneo*) ¡Oh, no! ¿Qué es lo que me está pasando? ¡Siento como si mi corazón fuera una tea encendida! ¡Sálvame, padre! ¡Salva a tu hijo! ¡Ardo por dentro! ¡Me consumo! ¡El fuego quema mis entrañas! ¡El humo sofoca mi garganta...! (*Cae a los pies de Eneo*).

Cleopatra.- ¡Meleagro! ¡Meleagro! Amor mío. (*Con ternura*) ¿Quieres quebrantar la gavilla de trigo? ¿Quieres esparcir al viento los granos para que lo devoren los buitres?

Eneo.- ¿Qué has hecho, Altea?

Altea.- ¡Oh dioses! ¿Qué es lo que mis ojos contemplan incrédulos? (*Trata inútilmente de apagar el tizón*). ¿Dime, Eneo? ¿Qué pasa? ¿He sido yo? ¡Contesta! ¿Yo he matado a mi propio hijo? ¡Oh dioses! ¡Malditos dioses! ¡No puedo soportar tanta desventura! ¡No lo puedo soportar!

Altea abandona la escena.

Cleopatra.- ¡Altea! ¡Altea! ¿Dónde vas? (*A una de las canéforas*). Debemos lavar su cuerpo. Será menester ungirle con aceite. Míralo. Parece que duerme. (*Va hacia Atalanta y la mira de cerca*). ¿Y tú? ¿Nada dices? (*Mira la corona de laurel sobre la cabeza de Atalanta*). ¿Y esa corona? ¿Quién te ha dado esa corona? (*Arranca la corona y la arroja al suelo*). Ningún derecho tienes sobre ese hombre que yace en el suelo... sin vida. ¡Es mío! ¡Solo mío! ¿Lo querías para ti? ¡Habla, mujer insensible! ¿Sabes por qué se enamoró de ti? Le cautivó tu fogosidad. Lo provocaste con tu carne elástica y vital... ¡Ahora está muerto! ¡Altea! ¡Altea! ¿Dónde está el hijo que me entregaste?

Cleopatra abandona la escena.

Eneo.- Triste espectáculo. Más que triste: desgarrador. Y yo permanezco aquí, en este trono, como si mi cuerpo fuera de piedra. Como si se hubiera secado mi corazón. Las lágrimas se niegan a brotar de mis ojos. Los gritos se quedan suspendidos en mi garganta y se niegan a salir. ¡Maldición! ¡Maldición! Estoy como desorientado. No encuentro ni lógica ni justicia en estas muertes. Yo, el cruel; yo el filicida; yo el lascivo, el adúltero debería haber muerto. Pero los dioses han elegido a la víctima más pura. ¡Meleagro, hijo mío! Tú más que ningún otro merecía vivir. Ocupar este trono. Ocupar este maldito trono. Tú eras el heredero de esta pesada corona. (*Lanza al suelo su corona y se arranca los pelos*). Fuiste el más noble, el más valiente, el más fuerte, el mejor de mis hijos. La tragedia se ha adueñado de Calidón.

Entra uno de los muchachos.

Muchacho 1.- ¡Poderoso señor! ¡Cleopatra se ha suicidado! Nada se puede hacer. Muerte horrible e indigna. Se ha colgado de una cuerda...

Entra otro de los muchachos.

Muchacho 2.- Altea, la que fuera tu esposa, madre de tus hijos... está muerta.

Eneo.- (*Grita con desesperación*). ¡No! ¡Eso no! ¿Dónde estás Altea? ¿Hacia dónde te llevan tus errantes pasos?

Muchacho 2.- Con veneración hemos descolgado su cuerpo. La hemos acostado en su lecho real, como corresponde a su elevada estirpe.

Eneo.- ¡Altea! ¡Altea!

Eneo abandona la escena. Detrás del rey salen los dos muchachos.

Atalanta.- ¡Los dioses nos amparen!

Atalanta abandona la escena. Entra Mopso con los sacerdotes. Se dirigen al altar. Las canéforas queman incienso.

Mopso.- Los dioses han restablecido el equilibrio.

Sacerdotes.- Cantemos himnos en honor de nuestros dioses.

Mopso.- El orgullo de los hombres y de los reyes ha sido abatido.

Sacerdotes.- Cantemos himnos en honor de nuestros dioses.

Mopso.- Que la sangre de estas víctimas, regada al pie del altar, calme la sed de justicia de Artemisa, nuestra bienaventurada y sacratísima virgen.

Sacerdotes.- Cantemos himnos en honor de nuestros dioses.

Mopso.- Hemos ejecutado, poderoso Apolo, tus sagrados designios. Hemos tejido las redes y en ellas han caído los impíos. Certeras han sido las flechas de Artemisa y han taladrado con dolor el corazón de los poderosos.

Sacerdotes.- Cantemos himnos en honor de nuestros dioses.

Telón

Entra el coro de las doncellas de Calidón.

Coro.- Eneo, el indomable; Eneo, el invencible,
Domado por los dioses todo lo rectifica.
Busca ser justo y bueno; manso como un cordero
Y otorga libertades y concede derechos.

Horror de horrores, Calidón no es la misma.
La tragedia se ceba sobre nuestros hogares.
¿Dónde ha quedado Eneo la fuerza de tu empuje?
Ya no ordenas matanzas, todo lo justificas.

Ladrones y bandidos por las calles y plazas
Campantes se pasean, sin que nadie lo impida.
Tus corrompidos guardias engordan como cerdos
Y en los templos las negras enredaderas crecen.

Vamos, despierta Eneo, sacude tu quebranto.
Un brazo fuerte y firme nuestro pueblo demanda.
En el puerto las naves ociosas han quedado;
En el lagar las uvas ya no destilan vino.